

Suplemento
— gráfico —

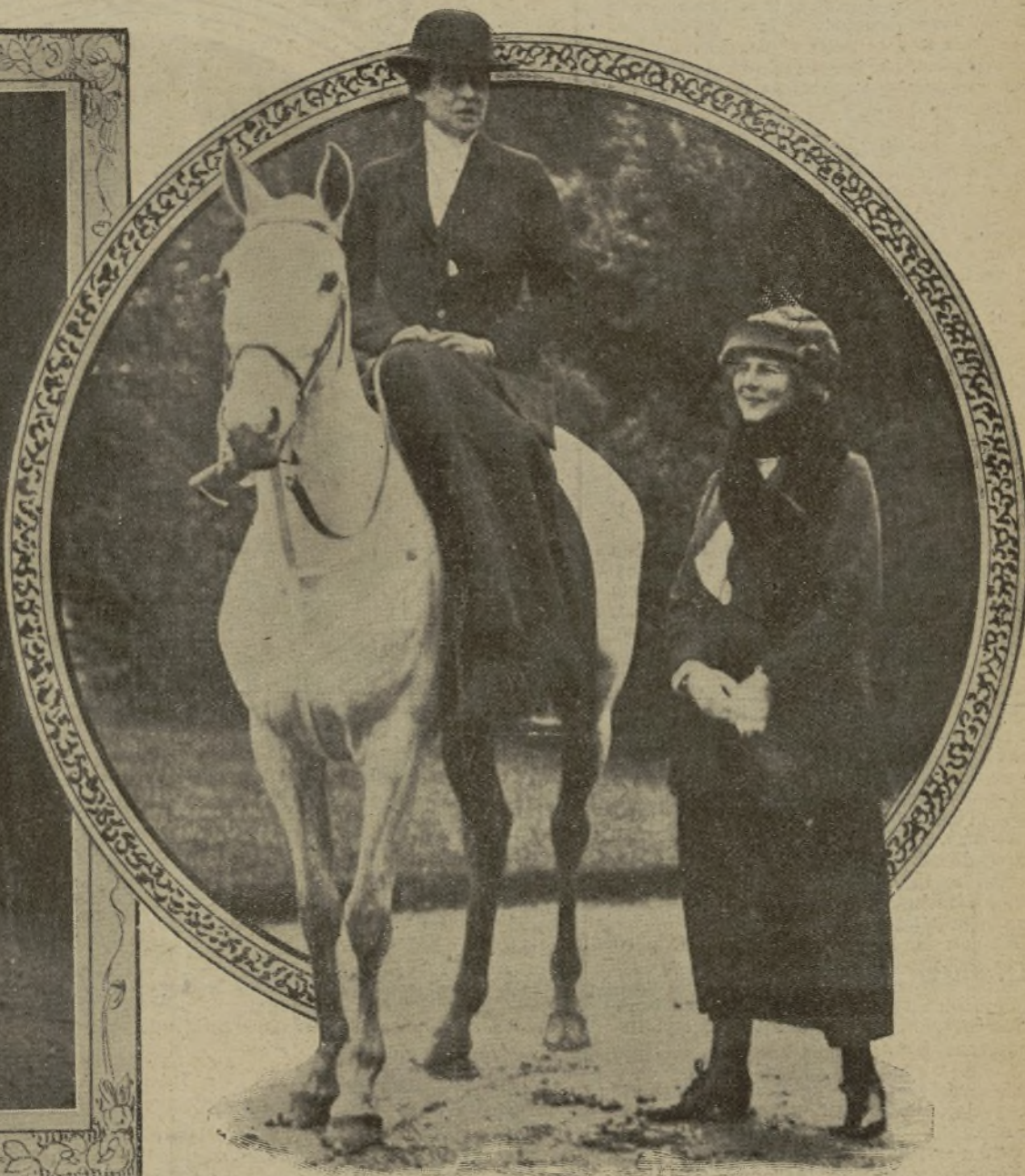
EL IMPARCIAL

Se reparte gratuita-
mente con el núme-
— ro ordinario —

NÚM. 19.333

Jueves 20 de enero de 1921

AÑO LV



LA REINA DE NORUEGA (A CABALLO), LA DE INGLATERRA Y LA PRINCESA VICTORIA DE LA GRAN BRETAÑA (TAMBIÉN A CABALLO), DURANTE UNA CACERÍA DE ZORROS
CELEBRADA RECIENTEMENTE EN EL CONDADO DE NORFOLK (Fot. Vidal)



EL PRÍNCIPE DE GALES Y EL DUQUE DE YORK, QUE TOMARON TAMBIÉN PARTE
(Fot. Vidal) EN LA CACERÍA



EL NUEVO GOBERNADOR CIVIL DE SEVILLA, DON GUILLERMO ELÍO, DESPUÉS DE TOMAR
POSESIÓN DE SU CARGO (Fot. Serrano.)

FRIVOLIDADES

Diálogos inverosímiles

La escena es una cocina. Terminadas las tareas del día, sucede a ellas un gran silencio. Del patio sube un vaho caliente impregnado de grasas y ruido de platos que chocan. Más arriba, sobre los tejados, un cielo estrellado, y ante la luna llena, arqueando el lomo, un gato. Hablan entre sí los enseres de una batería de cocina de aluminio. La escena está a oscuras, y sólo el agujerito de la chapa parece una roja pupila minúscula.

Una cacerola (a una besuguera).—¿No te aburres?

La besuguera.—Te diré. Como en la tienda estaba tan desocupada como aquí, no echo de menos nada.

La cacerola.—Yo, sí. Echo de menos la realización de mi destino, que no es, precisamente, el de brillar en una espetera.

Una sartén (redonda y limpia como un espejo).—Buena gana de achicharrarte al fuego, llenarte de grasa y ennegrecer! Yo no tengo ningún deseo de que me estropeen.

La cacerola.—Yo tengo curiosidad por saber qué pasa cuando un trozo de carne crepita y se dora dentro de nosotras...

El cazo de la leche.—Pues creo que te vas a quedar con las ganas.

Una olla (zanfunda y redonda como una estatuita de Budha).—Lo que no me explico es para qué quieren una batería de cocina en una casa donde no se come.

La besuguera.—Pues es bien claro: para que la vean las criadas de las amigas, y las vecinas desde la ventana del patio.

El cazo.—Por eso tienen siempre la cocina tan ventilada...

La cacerola.—¿Pasará lo mismo en todas partes?

La olla.—¿Qué sé yo! ¿Conoce una tan poco el mundo!

El cazo.—Aquí el único que puede ufanarse de servir para algo es el colador. Todas las tazas de tila que se toman las niñas y todas las tisanas para el catarro que bebe el padre son cosa suya.

El colador (con voz débil).—Sí, pero este régimen me desmejora; yo no he sido nunca nervioso, y me tienen aniquilado tanta tila y tantas tisanas (bostezo).

La cacerola.—Tila, cuando lo que necesitan es ternera...

(Voces y risas por el pasillo.)

Una voz (de mujer).—Pues anda pronto, mujer... Eso se tapa con un poco de encaje.

Otra voz femenina.—¿Qué hora es?

Voz primera (más lejos).—Muy tarde. Vamos a llegar empezado el segundo acto... ¡Manuela, prepare usted la cena!

Manuela (que duerme apoyada en la mesa de la cocina).—¡Va corriendo! (vuelve a dormirse).

(Pausa. Una leve risa corre por los charros que tintinean.)

La cacerola (a la besuguera).—¿Has oído, tú? ¡La cena!

La besuguera.—¡Ya, ya!

(Pausa. Más voces por el pasillo.)

Una voz de hombre.—¡Pero yo no puedo ir tan de prisa, hijitas!

Voz primera.—Pues llegaremos tarde.

Voz segunda.—¡Manuela!

(Manuela se despierta despavorida y tropieza varias veces hasta encender la luz.)

Voz primera.—¡Manuela! ¡Los trajes de gasa!

(Sale Manuela, aturdida todavía por el sueño.)

La olla (a quien su apariencia de Budha pone un ribete de filosofía).—¡Los trajes de gasa! ¡He aquí nuestros enemigos mortales!

La sartén.—Di mejor nuestros fieles amigos. Ellos impiden que el aceite nos manche, que las brasas nos quemen, que nos abollen los golpes del fregadero... De este modo puedo figurarme que soy uno de esos espejos redondos de los gabinetes elegantes...

La besuguera.—A ti la casa te está piti-parada.

La cacerola.—¿Quién sabe si, en efecto, terminará sirviendo de espejo, con un lazo rosa en el mango!

La olla (beatíficamente).—¡Todo es posible en estos tiempos de simulaciones!

La besuguera.—Pero ¿qué cenarán esta noche?

El colador (bostezando terriblemente).—Cualquier cosilla... ligera, y detrás ¡su tacita de tila!

(Sin que nadie lo haya visto hasta ahora, un pucherito de hierro esmaltado, lleno de golpes y abolladuras, hierve en un lado de la chapa, exhalando un tufillo insípido. Al oír las últimas palabras



¿Un autorretrato? ¿Habrá algo más difícil que realizar una descripción de sí misma?

¿Ha pensado la cronista que soy mujer? Tengo la seguridad de que ninguna mujer se ve tal cual es, no porque sea mujer solamente, sino porque todo ser humano se considera mejor de lo que los demás creen.

Pero... la cronista quiere mi retrato y no el retrato que otro pudiera hacerme.

Pues bien...; cumplo con todos los mandamientos de la ley de Dios. Las tablas del Sinaí son muy ligeras para mí. No hago sino lo que debo hacer. Duermo ocho horas, estudio cuatro, paseo cuatro, trabajo cuatro y el resto... sueño. Tengo una sola aspiración: mejorarme. Esa aspiración aparece una infinidad de pequeños tormentos: la disciplina, entre otros, la terrible disciplina, sin la cual ningún temperamento artístico da lo que debe dar. ¿Es bella la disciplina?... No; pero es útil. Luego se hace bella porque el triunfo sobre la dificultad la enaltece en el recuerdo. No tengo más defecto que el del teatro. ¿Es el teatro un defecto?... Piense la cronista. Adoro el «sport»: remo, nado, hago equitación, «automovilismo», diré para emplear un vocablo que oí al pasar por la calle de Alcalá. Adoro todo eso; pero antes que nada «adoro» a mi marido y creo que es un hombre muy bello y un gran actor cinematográfico.

¿Qué más quiere que le diga la cronista?... Ah, sí. Que tengo una hija, una hija muy hermosa... ¿Qué más?... Que estoy encantada con la villa del Oso y del Madroño, con la claridad espiritual de sus hijos, con sus garbosas y bellas mujeres, con la amabilidad de los críticos y del público, que han estimulado tan generosamente mis anhelos artísticos...

Y otra cosa, además. Que, como usted ve, no sé hacer retratos.

Manuela Quiroz

del colador, suspira y exclama, con un acento que entrecortan los borbotones):

El pucherito.—¿Preguntáis lo que van a cenar! Pues qué, ¿lo ignoráis acaso? ¡No soy yo la fuerza Centífica de todos vosotros! Mientras os quejáis y murmuráis de vuestra suerte, yo elaboro las terribles mixturas con que estas gentes creen alimentarse. Las judías apolladas, las lentejas de segunda mano, la lechuga cocida: todos los residuos del mercado pasan por mí. Yo los transformo en materia comestible, y ellos me atufan, me apestán, me anonadan... Sobre mis hombros se sostiene el cuarto de baño, el ascensor, la rotunda del despacho y el té de los miércoles. En mi seno se forjan los trajes de gasa, y ¡en fin!, de mí saldrán las bodas futuras con esos

principes rusos que ellas esperan...; y ni siquiera soy como vosotras, blancas y relucientes. Soy también resto de una batería modesta, la de los padres de ellas, y por viejo y feo me utilizan, porque quieren para sí lo peor y dejan lo mejor para los otros...

(Calla con angustia. Todos le miran conmovidos. Manuela aparece como una tromba, vierte su potaje en un plato hondo y a él lo lanza al fondo del fregadero. Pausa.)

La cacerola (con vago temor y en voz baja).—¿Quién sabe si...!

Todas (con igual presentimiento).—¿Quién sabe!

TELÓN

Madame DE LYS

MUJERES DE LA HISTORIA

El antojo de la Reina

Así que la católica, severa y real majestad de D. Carlos II supo que el señor rey de Francia había sido servido de concederle la mano de su egregia sobrina, María Luisa de Orleans, prorrumpió en manifestaciones de alegría y mandó cantar un «Te Deum» en la basílica de Atocha.

Ciento cincuenta jinetes de las más próceras familias organizaron una mascarada montada, y durante toda la noche recorrieron las calles de la corte, llevando cada uno un hacha encendida. Duraron las diversiones tres días con tres noches, y a poco llegó un correo con el contrato de matrimonio del rey, con lo que sin tardanza envióse la ratificación y se repitieron las fiestas.

La nueva reina encontró, desde luego, en su nueva familia todo el cariño que le era debido. La reina madre recibíola como a una verdadera hija, y tuvo siempre abierto el corazón para ella. Sus consejos y sus consuelos hallábanse siempre dispuestos a caer beneficiantes sobre su nuera. Y en cuanto al rey, no sabía hacer nada que no fuera agradar a la elegida de su alma.

Pero una sombra de tristeza pasaba sobre aquella fragante flor de Versalles trasplantada a la tierra que bate el viento del Guadarrama. La joven soberana no podía sustraerse al imperio de la rancia etiqueta de la corte. Aquella que, por no estar en el alcázar durante el momento oportuno el magnate encargado de levantar el brasero del aposento de su majestad, fué la causa inicial de la muerte de Felipe III.

Y esa etiqueta misma estuvo a punto de hacer víctima a la propia María Luisa de Orleans el día en que, cabalgando en el patio de palacio un caballo andaluz que le había regalado el rey, fué despedida de su asiento y arrastrada, por hallarse sujeta al estribo con el pie. Solamente las meninas que eran encargadas de calzarla podían tocar el pie de la reina; pero no podían materialmente acercarse al caballo, que las hubiese arrollado; y entonces dos caballeros, D. Luis de las Torres y D. Jaime Sotomayor, arrojando el castigo que podía sobrevenirles, se arrojaron sobre el corcel, y mientras uno le detenía, el otro separaba el regío del estribo, donde se encontraba prisionero.

La reina intercedió por sus libertadores, y no hacía falta que impetrase por ellos, pues el monarca demostró tener muy buen sentido, además de querer ciegamente a su esposa; y lejos de imponer castigo alguno a los contraventores de la etiqueta palatina, les obsequió con presentes y les hizo sus amigos.

Pero hubo una vez en que la nueva reina no pudo sobreponerse a su paciencia, y dió graciosa, aunque comprometidísima respuesta, a las exigencias, tal vez un poco impertinentes, de su camarera mayor, la duquesa de Terranova.

Era esta una dama que, por su abuelo y sus condiciones de austeridad, ocupaba dignamente el cargo que se le había confiado en palacio. Pero no debe ocultarse que su carácter seco, brusco y autoritario hacía padecer muy a menudo a la joven soberana, que se veía más bien que al lado de una amiga y leal servidora al de una dueña severísima y cicatera.

Ello fué que la reina doña María Luisa tenía particular cariño a unos loros y unos perritos que habían traído de su país, y cuya compañía estimaba grandemente. Una perrita que pertenecía a esta cuadrilla había proporcionado un gran disgusto cierta noche en que, habiéndose levantado del lecho para buscarla, sufrió un fuerte regaño del rey, quien la reconvinó, diciendo:

—No deben los reyes de España levantarse por una miserable perra.

Sin embargo, la reina quería tanto a sus animalitos, que padecía enormemente si alguien les incomodaba en lo más mínimo. Y aconteció que como la duquesa de Terranova, que era una rancia española, profesase un odio cordial a los loritos gabachos, quienes, como era natural, no hablaban sino en francés, determinó hacerles desaparecer en la primera ocasión que se presentase.

Y vino la ocasión cierta tarde en que la reina marchó a El Pardo de paseo. Buscó la duquesa la oportunidad necesaria para quedarse en el alcázar, y ordenando que la trajesen los loritos, con la mayor agilidad y presteza opoderóse de ellos, a pesar de las protestas de las per-

sonas presentes, y retorció el pescuezo a los avechuchos, sin permitirlos decir ni ¡ay!

Allí fué el apuro cuando volvió la reina de paseo y preguntó por sus bichitos, solicitando que los llevaran, como de costumbre, a su presencia. Las damas de su servidumbre hicieron un largo y expresivo silencio, que rompió, al fin, una de las meninas, diciendo la verdad.

La reina nada dijo al conocer lo que había ocurrido; pero mandó que viniera la camarera mayor y que la dejaran a solas con ella. Fué obedecida como correspondía, y así que hallóse sin testigos con la duquesa de Terranova, sin decirle palabra, propinóla, una en cada mejilla, las más sonoras bofetadas de cuello vuelto que recuerda la historia.

Salió de la estancia la ultrajada duquesa y, reuniendo una legión de parientes y servidores, marchó a quejarse al rey. Atendióla el monarca en su querrela, preguntando a la reina cuál era la causa de lo ocurrido. Y entonces la soberana, verdaderamente graciosa y juvenil, contestóle de este modo, mientras le hacía donosa reverencia:

— Señor: Ha sido un antojo.

Con lo que la queja de la duquesa cayó por tierra; y el rey, animado por aquel anuncio que, por desgracia para la paz de España, no era cierto, llamó a la severa y en todos sentidos apergaminada duquesa de Terranova para decirle, con cierta sonrisa y alborozo, que no debieron sentir muy bien a la orgullosa dama:

— Pedéis guardaros, señora, esas reales bofetadas, porque son hijas de un antojo.

Y aquella reina, joven sin juventud y amante sin amor, que sólo supo del amoroso afán el secreto de una carta deslizada en su bolsillo mientras servía la comida a nueve pobres en el monasterio de la Encarnación, aquella malencólica princesa era la azucena que había de secarse de una manera extraña y misteriosa.

El paso por Madrid de las Mancini, las sobrinas de Mazarino, ¿fué acaso el anuncio de la tristeza que había de entenebrecer el alcázar de Madrid? Como si obedeciese a una instintiva prevención, jamás fueron bien quistas del rey. La pobre reina, sin embargo, no vacilaba en recibir las en su amistad y hacer valer su protección para con ellas.

Dolor. Misterio. Un día se supo que aquella reina tan adorable había muerto. Con una amargura infinita decía a los médicos que la asistían que no valía la pena de que se esforzasen en prolongar su vida. Y aquella alma tan bella voló.

Una duda de maleficio ensombreció el palacio. Y se dijo que el propio rey, sujeto a una tiranía brujesca, víctima él también de una insania demoníaca, se consumía dolorosamente bajo el influjo horrible de un hechizo.

Pedro DE RÉPIDE

La Cocina



Puré de espárragos.

Haced cocer un manojo de espárragos verdes, de los que quitaréis los tallos duros, conservando las cabezas para adornarlo después. Cuando estén bien blancos, ponédlos en una cacerola, con 60 gramos de manteca y 40 de harina. Movédlo durante cinco minutos con la cuchara de palo.

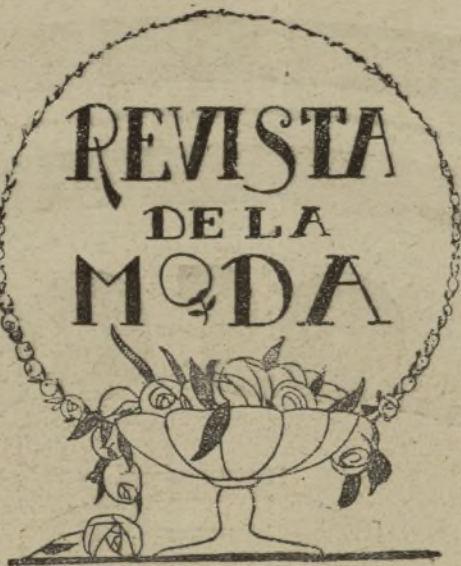
Añádase dos litros de consomé de ave, haciéndoles hervir en un lado del fogón hasta la entera cocción de los espárragos.

Pasadlos por tamiz y ponédlos sobre el fuego veinte minutos antes de servirlos; movédlos con la cuchara, añadiendo medio litro más de consomé de aves.

Después de hacerlos cocer unos momentos, viértase en la sopera, mezclándolo con dos decilitros de nata y 80 gramos de manteca.

Añadidle las cabezas de los espárragos, que habréis hecho cocer, y servidlo.

== LOS ==
PEQUEÑOS
PÁJAROS
ENCANTADOS



== QUE ==
GUARDAN
NUESTROS
SECRETOS

¿No son, acaso, muy semejantes a caprichosas aves, pobladoras de algún azul jardín remoto, esas bolsas de pluma en cuyos tonos, delicados y brillante, recorren todas las gamas, creando con su polieromía fantástica el más bello y seductor complemento de la «toilette» femenina?

La pluma invade graciosamente todos los terrenos, y hemos de abandonarnos a su gentileza alada; pero nunca tan caprichosa, tan arbitrariamente encantadora como en estos nidos blandos y pequeños de nuestros secretos, en las bolsas, con la boquilla cada vez más complicada y fastuosa, donde se cambian las materiales más ricas con las líneas más originales; con estos ejemplares que reproducen artísticos motivos japoneses, en los suaves tonos del marfil antiguo, de la concha incrustada, de las maderas raras y preciosas, que tienen como un alma encantada en su vago perfume; floraciones maravillosas fijadas en el esmalte que recubre delicadamente el oro o la plata, y, en fin, hasta las pedrerías irisadas, donde brillan y cambian y chispean las gemas, haciendo con el tono de las plumas acordes acertados.

Algunos modistos audaces han creado una novedad que tendrá indudable favor entre las elegantes; esto es el bolsillo-manguito, que consiste, como indica su nombre, en un enorme bolso redondeado, construido con plumas de coloridos diversos—procurando siempre, como es natural, una profunda y suave armonía con el traje—y que envolverán con su suave calor las manecitas friolentas, para lo cual se hacen tan amplios que puedan

sepultarse en ellos los brazos hasta el codo.

Todo lo que justifica su nombre, el doble objeto a que están destinados y, por tanto, la transcendencia e importancia de que están revestidos, consiste en que en uno de sus costados, disimulado por el espumante rizo del plumaje, se abre una gran cartera, dentro de la cual puede guardarse secretamente todo un ligero y práctico «neceser» de oro y cristal, y que, en caso de deseárselo así, el manguito se convierte completamente en un bolso suspendido por una boquilla ricamente enojada, que puede, a voluntad, permanecer oculta o aparecer mediante una combinación ingeniosa, llevándose de este modo el leve bolso como una prodigiosa ave cautiva.

Otros de estos bolsillos de pluma penden, como en el Directorio, de un gran abanico de igual material y color, cuyas varillas hacen también juego con la boquilla. Este adorable capricho es de fascinador efecto y de utilidad insuperable, ya que el bolso era un escollo difícil de vencer con habilidad de modo que resultase adecuado para un traje de noche; y, por otra parte, es también imprescindible llevar consigo un pequeño... botiquín de urgencia, o sean los polvos, barra de carmín y de khol, el frasco de sales para evitar la sofocación excesiva, un pañuelo y un espejito. ¿Cómo dejar en casa remedios tan preciosos y urgentes para cualquier desperfecto que una atmósfera cálida, la agitación de una danza o simplemente la misma duración de la «estirpe» hacen necesarios? Y, ¿cómo

llevarlos, por pequeños que sean, sin una bolsa apropiada? Porque confiar la belleza a los productos de efecto desvanecido que pueden encontrarse en un tocador, por bien surtido que se halle, es una imprudencia que no debe cometerse.

Quedamos, pues, en que los bolsillos de pluma, aparte su belleza indudable, han venido a resolver un difícil problema con su gracia decorativa, y que esto explica su creciente favor y hasta ese aire tutelar de pequeños genios benéficos que adoptan los Budhas y Confucios sentados cómicamente sobre el arco de la boquilla y cuyo grueso vientre encierra un resorte ingenioso, mediante el cual, herméticamente cerrados los bolsos, estén a cubierto de toda asechanza de los amigos de lo ajeno.

Tres admirables y encantadores modelos de esta deliciosa conquista de la moda son las de la fotografía que ilustra nuestra revista de hoy.

Azul *nallier* y de un rosa palidísimo, el de la izquierda, dando aquella armonía de tonos tan amada por las elegantes del siglo XVIII, semejará una flor galante, recién desprendida del escote de madame Pompadour. Una boquilla de platino y menudos diamantes es un rico broche, a un tiempo sobrio y suntuoso, y un trenzado de plumas de ambos colores se destina a sujetarlo al brazo o la muñeca de su portadora.

El de la derecha, emboquillado en concha oscura, con incrustaciones de marfil, tiene como cierre una original careta japonesa, cuyo aspecto formidable no debe intimidar a nuestras lectoras, ya que, contenta con su misión, la cumplirá celosamente.

En las plumas, graciosamente erizadas y caprichosamente dispuestas, se ha buscado una correspondencia con los colores que combinan la boquilla, y así, son café oscuro, descendiendo en escala hasta adquirir en las rizosas puntas un tono amarillo suave.

En fin, en el del centro se han elegido esos delicados tornasoles de los plumajes oscuros, que también tiene sordos fulgores en la boquilla esmaltada.

El plumón de los palomos, la metálica irización de los faisanes egipcios, han dado la originalidad de sus galas para la confección de este bolsillo adorable.

El Tocador



El doctor Harryet recomienda para el tratamiento de la *saborrea seca del cuero cabelludo*, conocida comúnmente con el nombre de *caspa*, una pomada que tiene la fórmula siguiente:

Azúfre precipitado...	32 gramos.
Bálsamo del Perú...	4 —
Manteca de cacao...	24 —
Aceite de ricino...	96 —

Para limpiar y suavizar el cutis, evitando las irritaciones ligeras, granitos y barrillos, recomendamos el empleo de la siguiente crema cosmética:

Jabón amigdalino raspado...	12 gramos.
Manteca de cacao...	90 —
Agua de laurel cerezo...	300 —
— de rosas...	600 —

Artículos Japón

GEMELOS. — ELECTRICIDAD
Intercambiaría Comercial (S. A.)
Plaza del Angel, 21, primero



CARLOS COPPEL

MADRID
CERTIFICADO
CON CADA
RELOJ

Fuencarral, 27
VENTA
AL POR MAYOR
Y MENOR

FABRICA

RELOJES

HELIOS

EL AUTOPIANO

:: Pianos automáticos ::
de las afamadas marcas
"DECKER" y "STERLING"

VENTAS A PLAZOS Y AL CONTADO
Oliver. Victoria, 4, Madrid